

Conocimiento y asombro de una medicina ancestral.

(Knowledge and astonishment of an ancestral medicine)

Alí Medina Machado.

Fondo Editorial Mario Briceño Iragorry

Un necesario exordio:

Entre los muchos libros que uno tiene depositados en la biblioteca casera, van apareciendo temas como La Medicina de Hoy y de Mañana. De pronto nos topamos con uno de título Historia Natural del Reino de Guatemala, o la Crónica Médica de Trujillo o la Historia de la Medicina Ancestral de Colombia... y otros más... Si uno los revisa en su índice, se da cuenta de que contienen materiales diversos, que se pueden sistematizar y cohesionar para la redacción de temas específicos. Sucede que tres libros de estos: La Crónica Médica de Trujillo, La Historia de la Medicina Ancestral y Dioses, raíces y sortilegios, me motivaron hace tiempo para preparar una ponencia sobre la medicina indígena ancestral, que al final no se realizó. Pero hace pocos días, la Dra. Elina Rojas, cogió en el aire como decimos, una solicitud mía para participar en un festival de este tipo. Y al efecto le propuse tratar un tema que tuviera que ver con la medicina ancestral, a lo que agregué, por tratarse el evento de un festival de plantas medicinales, algunas aspectos sobre ese tipo de plantas, no por ser especialista, sino porque tengo materiales bibliográficos. Y aquí está el trabajo que es, repito, meramente informativo, sin ínfulas ni pretensiones de ser un trabajo de rigurosidad científica como si hay otros en este mismo evento.

La medicina desde los ancestros.

La sabiduría popular dice que de músico, poeta y loco todos tenemos un poco. Yo le agregaría al adagio un cuarto elemento, que: de médico, también tenemos todos un poco, porque la medicina desde los ancestros está en medio de todos nosotros. Y no hay sino que sentir un leve escalofrío cuando aparecen los "médicos" tratantes recomendándonos los remedios más curiosos y variados, a los cuales muchas veces hacemos caso y salimos corriendo a hacernos el remedio prescrito por ese "galeno". Así ha sido siempre y así será por los siglos de los siglos.

La medicina, diremos, está representada en el universo, en todos los tiempos y en todos los espacios, de las más diversas formas, desde la

antigüedad por las imágenes más inverosímiles que nos hablan de magia, adivinación y alquimia, hasta esas gráficas tan estilizadas y modernas de la imponente edificación que vemos ante nuestros ojos, representada por un elevado edificio (hospital o clínica), a cuyo frente se sobrepone ese símbolo inmortal de profunda significación, que todos somos capaces de percibir como imagen visual, aunque muy pocos estamos en capacidad de interpretar su contenido. Pero todos sabemos que ese es el símbolo de la medicina, y en procesión, hombres y mujeres diversos; uniformados y no uniformados; de batas blancas y muy bien vestidos unos; y los otros particulares que asisten a esos centros en diligencias muy diversas también, y personas enfermas, que son el fundamento de la existencia de esos centros, van ahí en la procesión, porque la medicina llama y es un portento, una gracia de Dios y de la ciencia, para la curación y la sanación, es decir, para la felicidad humana. Pero también vemos esa representación en la medicina más ancestral, en nuestro caso, en la indígena, cuando una pobre casucha de palma es la "clínica" del piache o médico de la tribu, adonde llevan al enfermo para so meterlo a aquel ritual entre creencias, ritos y oraciones, que muchas veces, aunque sea difícil de creer hoy día, era devuelto sano y salvo a los suyos. Porque aquella medicina sería rudimentaria pero sanaba: sería esencialmente artesanal, pero, y eso lo reconoce la ciencia médica contemporánea, y para eso cito a José Rafael Fortique, quien en su libro Crónicas Médicas, dice: "según muchos autores el arsenal terapéutico vegetal, usado por los piaches indígenas, no era en nada inferior a los medicamentos que administraban los médicos europeos de aquellos tiempos. Es dudoso pensar que los primeros médicos, llegados a estas tierras, pudieran ser superiores a los médicos piaches que curaban a los indios prehispánicos no sólo a base de hechicerías y ritos esotéricos, sino con medicamentos vegetales y otros de probada eficacia". Este solo juicio basta para dimensionar el carácter que tuvo la medicina aborígen en toda la América, en unas partes más desarrolladas que en otras, como sabemos por las culturas prehispánicas. En un pequeño texto titulado Relato de un

E-mail: fondoeditorialmbi@gmail.com

Recibido en versión modificada: 27 - 07 - 2011

Aceptado: 17 - 11 - 2011

On-line: <http://erevistas.saber.ula.ve/index.php/talleres/index>
<http://talleressulajwt.blogspot.com>

Niño Indígena, se dice cómo era el proceso para la formación de un Cacique: riguroso, extremadamente riguroso. Pero el piache estaba por encima del Cacique, pues claro, lo curaba y por eso merecía todo el respeto. Y la formación de un piache era un proceso hartamente riguroso también, por lo que no tenemos porqué extrañarnos de lo que refiere el Dr. Fortique, así como el juicio de otros científicos y tratadistas contemporáneos americanos y europeos que han reconocido la importancia de aquella medicina ancestral.

El Piache era un individuo muy bien formado: era sacerdote y médico a la vez. En su “clínica” o templo, llamada “casa del espíritu”, solían quemar resinas de mal olor o manteca de cacao en honor de los dioses. Aquella práctica médica, era efectiva, pero se valía de rituales y creencias para su ejercicio. Es por eso que más que la ciencia, esa medicina la han recogido el folklore y la literatura popular. Y eso la ha desacreditado mucho. Pero uno se asombra cuando lee a autores de alta calificación científica reconocida y hasta alabándola. Gil Fortoul, nuestro historiador, citado por Fortique, dice que “en medicina los piaches venezolanos apenas eran inferiores a los médicos españoles de la conquista, y aún a veces les eran superiores”.

Y en torno al personaje, Luis Padrino, autor venezolano, cuenta sobre la visita médica que hará el Piache al cacique enfermo y dice: “El Piache viene por el centro de la calle, trae puestas las mantas, una de ellas ciñe su cuerpo, la otra le cuelga de los hombros. El bonete le luce muy bonito en la cabeza. Papá acostado en un chinchorro lo espera. El dolor que siente en el estómago es muy grande. El Piache se acerca, le chupa la parte que le duele. Papá se siente mejor. Luego el piache coloca debajo de la hamaca una olla de barro con agua puesta al fuego. Papá está sudando. El Piache lo frota y luego lo peina, le da a beber un poco de agua con quina y lo unta con un aceite”. Pero esta sencilla imagen está muy lejos de dimensionar la importancia que alcanzó aquella medicina fundamentada en una farmacopea de carácter animal, mineral y vegetal de vastas proporciones si nos atenemos a la extensa bibliografía que habla de aquellos medicamentos empleados por esos médicos, tan negados y a veces execrados de la razón científica, cuando la realidad dice otra cosa. Más adelante, podremos ver ese extenso muestrario de especies, en este caso, del mundo vegetal (plantas medicinales) que sirvieron a la medicina aborígen prehispánica y que gracias al afán de algunos cronistas como Fray Francisco Ximénez, el mismo que salvó al Popol Vuh, los preserva para la posteridad. Y esa farmacopea y otras también diversas tienen vigencia, con tratamientos disímiles en

muy variadas culturas, desde lo más aborígen hasta la contemporaneidad, como podemos ver. Pero, para seguir la continuidad propuesta en esta exposición, antes de hablar de esa medicina vegetal, es decir, de las plantas medicinales de importancia histórica, ayer, hoy y siempre, como de la extensión moderna del viejo Piache, mencionaremos al curandero o curioso, como también se llama. Con todo respeto hay que hablar de estos personajes. Y así lo trata el investigador Alonso Briceño, en su afirmación: “Hemos descubierto una especie de santa alianza entre los buenos curanderos con la fuerza de Dios y la naturaleza. Hemos escuchado en el susurro de los ensalmos, en el ardor de las plegarias y en la sonoridad de los cantos, cómo aquellos especialistas con gestos vehementes, le imploran a los poderes santísimos, a las piedras, a los vientos, a la luz del sol y de la luna, al alma de los cerros, al espíritu de las aguas, al silencio de los abismos, al corazón de las plantas, para que al fin la sanidad y el sosiego, otra vez, le den brillo a las ilusiones de los dolientes doblegados.

Dice la crónica especializada que pese a que hoy son numerosas las vías de comunicación y hay dispensarios por todas partes (como los de Barrio Adentro, por caso) el prestigio del “curandero” o “curioso” no ha decaído en Venezuela. La gente sencilla es crédula, e incluso en las clases altas hay quienes hacen más caso del “brujo” que del médico. De allí, que aquella persona actúe lo mismo en el campo que en las ciudades. Así dicen investigadores que cuando un “santiguador”, curandero especialista en hechizos, procede a la curación colocando al infante en un chinchorro, y luego con una ramita de albahaca golpea suavemente en el vientre de la criatura, se santigua por tres veces y reza entre dientes una mágica oración.

Aseguran los que presencian estas prácticas que cuando el pretendido embrujamiento abandona el cuerpo del enfermo éste orina y la ramita de albahaca amortece. Otros productos, que emplean estos prácticos, dice la crónica, son la “astroloquia” para los entuertos, las enfermedades del estómago y las contracciones espasmódicas; la artemisa en cataplasma para curar la ciática, y sus hojas para abortar el “daño”. Sostienen que la adormidera sirve para despertar la sensibilidad de los órganos paralizados. Si se trata de curar llagas de recién nacidos, emplean una planta rastrera llamada “pico de pollo”. El bravo ají chirel, en forma de emplasto, resulta infalible, según ellos, en la cauterización de las úlceras crónicas, conocidas con el nombre de “loras”... De todo lo anterior, hay sostenedores que le dan validez, y detractores, como pasa con todo. Pero como bien asienta el profesor Briceño, uno de los defensores del saber médico

tradicional: "la ciencia también ha fallado. Las leyes y principios de la forma tienden a ser difíciles e impenetrables, carecen de dimensión humana. Y en esa soledad y desarraigo, también se inscribe la medicina tecnocrática. La medicina sin alma. Y de allí, que el hombre no puede aceptar que sean ellas solas las que decidan el destino. De esa manera ha tendido a conservar sus creencias y a seguir aferrado a los efectos de las tradiciones y las costumbres".

Usos, creencias y supersticiones relacionadas con los árboles.

Siempre ha habido una correspondencia entre el hombre y la naturaleza, la cual viene históricamente definida por la proporción creciente del paisaje cultural sobre el natural, es decir, que el hombre ha ido poniendo la naturaleza a su servicio y emplea los productos de esa naturaleza para dar satisfacción a sus necesidades, el paisaje terrestre, la fisonomía de nuestro planeta, no sólo es producto de las transformaciones ocurridas durante el dilatado periodo de su historia natural. Ese paisaje lleva también la impronta del hombre. Y ha sido por su inteligencia y hasta por su arrojo, como el ser humano se ha servido casi siempre para bien de esos bienes y productos sacados de la naturaleza. Por eso vemos que una de esas relaciones más constantes y decisivas entre ambos tiene que ver con la vegetación, con el reino vegetal, ya que como lo asienta el mismo himno que se le compuso, "al árbol debemos solícito amor". En este caso, miremos al árbol medicinal que nos da tantas especies para ayudar en el eterno problema de la enfermedad y la salud. Y el hombre ha llevado más allá esa correspondencia y dependencia, a través de usos, creencias y supersticiones relacionadas con los árboles.

Es natural, dice una crónica, que el hombre radicado en áreas boscosas, donde la naturaleza es un mundo envolvente, haya acumulado toda una serie de creencias, acerca de los árboles y que aproveche las ventajas que les ofrecen éstos, a fin de procurarse bienes materiales, e incluso de otros órdenes. El árbol lo es todo o casi todo. Y podríamos hacer un inventario de su uso múltiple. Pero sólo nos detendremos en resaltar algunos ejemplos relacionados con el mundo de la medicina, como es que la leche de la ceiba es un veneno que provoca la hinchazón progresiva de quien la bebe. Otro caso, es que se aconseja a los asmáticos el coco de mano y del cartán para purificar el agua de los tinajeros. Los tallos del lecherote se emplean en la curación de la tos, y las semillas del laurel rosado para detener diarreas y desarreglos nerviosos. El niquitao de los andes pasa por gran depurativo. Todavía los labriegos del país suelen llevar hojas de onoto en

el sombrero para protegerse de los ardores del sol. Desde antiguo se conoce las propiedades de la otoba, infalible remedio contra las enfermedades de la piel y las picaduras de insectos y como confortativo estomacal. El palo de cruz es un hemostático famoso. Y el palo de vaca que asombró a Humboldt, brinda una leche apetecible, las semillas del pilón, igual que tantas otras, se utilizan como vermífugo. La infusión de la corteza de verano no tiene rival como sudorífico y sustancia anti leprosa. Las pencas de sábila acaban con ciertas dolencias físicas y protegen contra "daños" y brujerías, dice la gente. "De allí que aparezcan colgadas, a veces, en los dinteles de las puertas, como extrañas macetas ornamentales". (Carta de Venezuela)

¿Y no nos curamos de la pava y de la mala suerte, cuando "tocamos madera" con los golpecitos?... Esta práctica es común de gente rural, pero los de la ciudad también lo hacen y con mucha frecuencia. Como hemos visto, desde ancestros las plantas sirven al ser humano para las más extrañas y hasta increíbles formas medicinales.

La medicina entre los Cuicas, es decir, entre los padres aborígenes de nuestro territorio.

Varios de nuestros historiadores se han detenido en estudiar las prácticas médicas de nuestros indígenas, específicamente de los Cuicas, pequeña civilización que ocupó el territorio de Trujillo desde mucho antes de la llegada de los españoles, y hasta tiempo después, entre otros, M.A. Palma Labastida, Pedro Emilio Carrillo, que tiene un interesante libro titulado "Crónica Médica de Trujillo" y Mario Briceño Perozo, que dedica parte de un capítulo de su libro "Historia del Estado Trujillo", a referir aspectos de las prácticas médicas entre los cuicas. Vamos a comentar brevemente lo de Briceño Perozo. En muchas partes aborígenes, el médico y el sacerdote eran la misma cosa, con los Cuicas no: el sacerdote por su parte y el médico por la suya; uno para el culto a los dioses; el otro con sus enfermos. Dice este autor, que "el médico, mojan, hechicero, brujo, aparentaba tener poderes supernormales para curar e impresionaba con sus rituales, pero el éxito de su arte, estaba especialmente en la aplicación de los elementos que le suministraba la naturaleza. Primordialmente el reino vegetal".

La medicina cuicas, en una gran proporción, provenía de la plantas, como podemos ver. Sostiene Briceño Perozo que, "el médico cuicas tenía en alto valor el contacto con el enfermo. Las manos para él eran un auxilio maravilloso en el tratamiento terapéutico. Tocar al paciente era comunicarse con él, darle confianza, por ello le pasaba la mano por la frente, le tomaba las manos entre las suyas y acercaba el rostro para que percibiera el aliento de quien traía una esperanza o mejor la seguridad de curarlo". Dice que esa práctica ancestral que se llama "soba", practicada todavía hoy entre nosotros, tiene origen cuicas, pues ellos masajeaban las partes del cuerpo fracturadas o dislocadas con unos aceites

animales y vegetales especiales.

Refiere, como anécdota más bien, que los indios nuestros eran muy limpios de cuerpo. Se bañaban dos y tres veces al día. Eran expertos nadadores en las aguas del río y de la quebrada, eso causó mucha impresión entre los europeos, y cuenta, que cuando los niños cuicas sufrían de fiebres altas, sus padres los metían en el agua, lo que también asombraba a los extranjeros. Dice que éstos consideraban esa “bañadera” diaria como un salvajismo, pues según la regla contenida en un breviario español de urbanidad, se decía que: “debes lavarte los pies, cada dos o tres meses”

Pasa luego en el texto el autor a hacer un largo listado de las plantas medicinales usuales en la medicina cuicas. Citemos algunos ejemplos: Algarrobo: la resina se emplea contra las afecciones catarrales y el asma; el fruto fresco se aplicaba a las quemaduras y a huesos fracturados. Maíz: con las barbas del jojoto se hacían bebedizos que entonaban el estómago y la harina de maíz se aplicaba en cataplasmas como desinfectante. Apio o arracacha, del jugo de sus raíces obtenían una pócima laxante; la semilla pulverizada diluida en agua se usaba como vomitivo, el cogollo en cocimiento lo usaban como diurético y el zumo de la raíz como calmante de los dolores de muela. Algodón: las hojas verdes, recién cortadas las aplicaban para calmar los dolores, sobre las partes del cuerpo afectadas por el reumatismo, el cocimiento de sus semillas lo tomaban para detener las diarreas, con el algodón pulverizado hacían cataplasmas para aplicar sobre las paperas y el zumo tomado en cucharadas aliviaba el dolor de oído”. Continúan dos páginas más del libro explicando el largo listado de las plantas medicinales empleadas por los cuicas. Y finalmente asienta: “Las plantas citadas son apenas una muestra del riquísimo repertorio indígena, que en lenguaje moderno llamaríamos farmacopea cuica. Muchos de esos medicamentos los utilizan los “chamarreros” que pululan en los campos y hasta en algunas ciudades, en donde atraen clientes por el bajo costo de la medicación y la acción curativa de las mismas”.

Qué portento ese conocimiento de la existencia de tantos medicamentos naturales con los que aquellos lejanos piaches ayudaran en mucho a la supervivencia de la población indígena. Qué benefactora la naturaleza al prodigar tantos elementos para la fabricación y aplicación de los medicamentos sanatorios. Esto es una verdad incuestionable. Una sencillísima muestra de todo un arsenal terapéutico usado por los distintos pueblos en aquel largo trecho de la humanidad, que a decir de Briceño: “En ese mundo ajeno, la enfermedad, la salud, los riesgos, las

premoniciones insólitas, los signos y síntomas de ésta o aquella dolencia, los diagnósticos, los elementos mágicos y religiosos para atenuar los embates insalubres, la prevención y la vigilancia epidemiológica, devienen en una especie de códigos de símbolos y oficios secretos que yacen en la penumbra de una asombrosa maraña cultural”. Presencia y recuento que está allí, desdenado a veces por la ciencia moderna, puesto de lado por la modernidad, negado “por el mundo de acá, en el soberbio mundo de la academia y de la ciencia occidental, donde cunde todo un discurso abrumado de escepticismo y de agresivos desajustes ideológicos”.

Y veamos otras manifestaciones de esa medicina tradicional, de ese catálogo de plantas medicinales que han crecido en todas partes, unas locales y otras universales, por la trashumancia misma del hombre. Hablemos un poco de la HISTORIA NATURAL DEL REINO DE GUATEMALA, que es un libro un poco extenso en que aparece un capítulo, el X, dedicado a las plantas, justamente titulado DE LOS ÁRBOLES. Este libro muy viejo, fue compuesto por el padre dominico Fray Francisco Ximénez, el mismo que preservó el original del Popol Vuh, la Biblia de los mayas. Escrito aquel libro en el pueblo de Sacapulas, Guatemala en 1772. Dice en el prólogo, escrito como una plegaria de acción de gracias: “Solamente de algunas, (se refiere a las especies tratadas) porque tratar de todas, sólo el que las creó puede llegar a aquella comprensión, tocando solamente alguna de cada orden, en que las repartió y dividió según las que ha podido llegar a entender, siendo como son cada una de ellas un pregonero mudo, que nos llama y con vida a las alabanzas del divino hacedor.

El libro aparece dividido en trece títulos, siendo el X el de los árboles. Y en éste incluye a los que tiene propiedades curativas, siendo usado por ello en la medicina maya. Nombremos algunas de aquellas plantas: Bálsamo, Leche de María, muy medicinal, especialmente para heridas, dice; El Copal, para la salud bucal; El Salsafra, usado en agua cocida para el bazo; Palo de la Vida, con muchas virtudes curativas. Refiere “si de alguna cosa se puede decir que levanta muertos de la sepultura”; El Algodón, El Tamaa rindo, tan útil para enfermedades de calor; El Cacao, El Habilla, en este caso asienta: “entre los árboles medicinales que Dios ha puesto en la América uno de los más principales es el árbol de habilla...” El Piñón, purgativo; El Chilindrón, es contra veneno, y dice que contra el mal de hora. Perlesía, eficaz contra el veneno de la culebra; Paloxiote, o Muliche, cuyo cocimiento de su cáscara en agua es admirable para lavar llagas de las partes veredas, que proceden del calor; El Maguei, muy medicinal para muchas cosas; El

Guayacán, por lo medicinal de él para el mal gálico y para otros dolores; El Tarai, bueno para el bazo; Saúco, es un árbol muy medicinal de cogollos tiernos cocidos, admirable purga para hidróticos; Cordoncillo, Xuchipate, Orejuela, Cintule, Tule, Cibac, con todos estos nombres, seusa para componer el estómago; Higuerrilla, sus hojas puestas en la cabeza cuando duele, la hace sudar y quita el dolor, y hecho aceite "tomadas tres cucharadas de este aceite en un poco de caldo, es una purga excelente y ligera, y con especialidad es singular para purgar hidróticos, repitiendo cada dos o tres días aquella misma purga, aunque sean seis u ocho veces. De que han visto curaciones admirables", Humani, "es yerba que tiene mucha leche y es único remedio para la enfermedad que aquí llaman hosa, que es la perlesía y es muy común en aquellas partes", Zarzaparrilla, llevada en grandes cantidades a España para medicina; Cardosanto, ochicalote, muy medicinal, su leche es buena para mal de ojos, y su semilla es muy buena para purga y es muy segura.

Y si pasamos a lo anotado sobre las flores, pues de éstas también tiene un listado, de las cuales flores vamos a nombrar algunas: como Tunai, Lilio, Zarza.

Como vemos es un hermoso catálogo que nos admira y sorprende, y que tal vez sea por eso que investigadores científicos como José Rafael Fortique, llegaron a afirmar que "los médicos indígenas, quizás con el viejo procedimiento de la observación empírica, conocían bien las propiedades de muchas plantas medicinales y de sus efectos".

El libro de Henry Pittier...

Hay un libro que seguramente muchos conocen. Se trata del Manual de las Plantas Usuales de Venezuela, escrito por el naturalista Henry Pittier, publicado en Caracas en 1926, con prólogo de don Lisandro Alvarado, en que dice, es un libro sobre las plantas útiles de Venezuela, un esbozo de la geografía botánica de Venezuela, la formación de un catálogo de unas seis mil ochocientas plantas venezolanas, conocidas, o bien, cerca de la mitad de un total probable. Dice el prologuista: "por de contado que, en casos muy importantes, el campesino y al labrador se han adelantado a la doctrina científica más cierta y provechosa. La quina, la ipecacuana, por ejemplo, son muy anteriores a la quinina y la emetina, y estos mismos alcaloides no existirían ni gozarían de su virtud específica sino hubiesen enseñado los indígenas el uso de aquellas plantas medicinales.

Lo que corresponde a las plantas medicinales en el libro, está incluido en el capítulo tres, titulado: Las Plantas Usuales de Venezuela, e

introduce el tema diciendo: "La botánica médica, si el pueblo es una mezcla de supersticiones recogidas del folklore de los diversos grupos étnicos que han contribuido a la formación de aquel, y de preceptos fundados en la acción verdaderamente efectiva que poseen muchas plantas". Dice luego "...es innegable que muchas plantas contienen principios activos que ejercen una acción manifiesta sobre el cuerpo, acción que puede aprovecharse para remediar ciertas dolencias. Muchas de estas plantas se han estado estudiando cuidadosamente y después de larga experiencia se han agregado a la lista de los medicamentos de la farmacopea. Otras menos conocidas científicamente en cuanto a su acción terapéutica, gozan con o sin razón entre el pueblo, de una fama cuyo origen se ha de buscar, en la mayoría de los casos, en tradiciones transmitidas desde los aborígenes".

Y luego de una serie de consideraciones, el autor esquematiza la clasificación de las plantas medicinales y las clasifica por grupos, así: Afrodisíacas, Alexiteras (contra-venenos) Antiasmáticas, Anticancerosas, Antihemorroidales, Antileprosas, Antivenéreas y depurativas, Antidiarréicas y Antidisentéricas, Antiescorbúticas, Antiespasmódicas, Antihelmínticas, Antihidrópicas, Astringentes, Atemperantes, Callicidas, Cologogas y hepáticas, Diaforéticas (sudoríficas), Diuréticas, Eméticas, Emeto-catárticas, Emenagogas y enfermedades de mujeres, emolientes, enfermedades de la piel, Expectorantes, Febrífugas, Hemostáticas, Hipnóticas Litontrípticas, Madurativas, Odontálgicas, Oftálmicas, Parasitocidas, Purgantes y laxantes, Revulsivas y vesicantes, Tónicas y estimulantes y vulnerarias.

Sin duda, esta larga clasificación vegetal es un invaluable aporte para la ciencia hecha por Henry Pittier, investigador naturalista, a quien el país y el mundo les son deudores eternos. Con la humildad del sabio, dijo al final de la presentación de su libro: "Mi trabajo dista mucho de ser completo. La flora de Venezuela queda aún en gran parte por investigar y muchas especies conocidas del vulgo y preciadas por él no figuran aún en el catálogo científico de aquella".

Finalmente, vamos a mencionar algunos aspectos de un interesante y valioso libro llamado "Dioses, Raíces y Sortilegios", que es una investigación social del Profesor de la Universidad de Carabobo Alonso Briceño. Muchas de las cosas de las que uno quiere informarse sobre la medicina social están en esas páginas, es un gran compendio de esa sabiduría popular aplicada por el pueblo lleno justamente de esa sabiduría y poder auténtico. Dice el prologuista, que el profesor Briceño le puso en sus manos un libro hermoso y cautivante. Es verdad lo que asienta. La medicina social la vemos allí, no como parte de un academicismo excluyente y riguroso, sino como ingrediente "del inefable territorio de lo telúrico y lo insondable". Dice el prologuista que el libro pretende y quiere ser científico, claro, si es una tesis de ascenso en el escalafón universitario. Presenta un

problema, dice con su infaltable justificación: “en tiempo de crisis el tratamiento tecnológico del cuerpo por la medicina occidental, no sólo es parte del proceso de deshumanización que finalmente desprecia la vida sino que además es impagable para inmensas mayorías de seres humanos.

Por su parte, el autor Briceño explica: “Desde la aparición del hombre a lo largo y ancho de la tierra, él se vio precisado a curar sus dolencias, recurriendo a las virtudes curativas de las plantas medicinales, las cuales estaban representadas por todos los vegetales que contienen sustancias que pueden utilizarse con fines terapéuticos. En la historia de la humanidad, la cultura vegetal ha jugado un papel prioritario en el quehacer del hombre. En las leyendas y en los ritos mágicos, las plantas siempre han sido centros de atención”. En el libro, el autor da un paseo en aras de investigación social por los estados centrales del país, y allí se maravilla al ponerse en contacto con la sabiduría médica de sanadores de la talla de Luis Clemente Cambero y Rufino Santilme Cuevas quienes hacen sanaciones prodigiosas con el auxilio de las plantas medicinales; las matas y las yerbas maravillosas que se buscan con esmero y dedicación. Briceño, al introducirnos en su libro, refiere que: “Con el presente trabajo hemos intentado, de algún

modo, acercarnos a la imprevisible dimensión cultural de los mundos ajenos. Mundos repletos de mitos, de leyendas, de prácticas, de usos, de técnicas inauditas. Mundos donde el hombre crea y recrea las respuestas más sorprendentes para enfrentar el desafío de las necesidades”.

En fin, en el cuerpo de este texto encontramos muchos conocimientos en el área de las medicinas tradicionales, sobre el saber médico tradicional, la ciencia que practican los llamados sanadores calificados y las plantas medicinales, en particular.

Un colofón necesario.

Cuenta Fortique que: “cuando los navegantes españoles trajeron de Haití los primeros 'leños sudoríficos', curadores de afecciones cutáneas de los indios señaladas como sifilíticas, toda Europa demandaba el Guayaco y eran muchas las canciones y versos que dedicaban los ansiosos enfermos:

Guayaco, si tú me sanas,
y sacas de estas pendencias,
cantaré tus excelencias
y virtudes soberanas.

Conferencia Magistral ofrecida en el IV Festival de Plantas Medicinales. NURR, Junio 2011.